

Mari Trini: la voz libre de Murcia



DE MURCIA AL CIELO

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS:
CARMEN CELDRÁN
@carmenceldran

María Trinidad Pérez de Miravete Mille nació el 12 de julio de 1947 en el número 5 —hoy 13— de la calle Ale-

jandro Séiquer, en Murcia. Fue la primera de cuatro hermanos, aunque siempre tuvo una conexión muy especial con su hermano Gonzalo.

Se bautizó en la iglesia de San Lorenzo y su familia poseía dos casas en Singla, pedanía de Caravaca de la Cruz, donde pasaba largas temporadas. Tal vez por eso, la Wikipedia y otros medios insisten en situar su origen en Caravaca, aunque Mari Trini fue, sin duda, murciana de nacimiento y de corazón.

Su linaje también la vinculaba al arte: era descendiente directa del escultor Francisco Salzillo, el gran imaginero murciano del siglo XVIII. Su familia pertenecía a una rama de la aristocracia y su infancia transcurrió entre la tradición y la cultura.

En 1953, cuando tenía seis años, la familia se trasladó a Madrid por motivos laborales de su padre. Poco después, Mari Trini fue diagnosticada con nefritis, una enfermedad grave en aquella época. Permaneció recluida en cama durante ocho años, desde los seis hasta los catorce. Aquel largo confinamiento, sin embargo, cambió su destino. Durante su recuperación aprendió a tocar la guitarra y descubrió que la música sería el centro de su vida.

Mari Trini comenzó a formarse con el guitarrista de Los Brincos y pronto empezó a presentarse en concursos y pequeños escenarios. En uno de esos locales madrileños fue descubierta por Nicholas Ray, el célebre director de *Rebelde sin causa*.

Ray quedó fascinado por su voz y su magnetismo. Gracias a él, Mari Trini viajó a Londres y más tarde se instalaría en su ciudad más amada: París, donde continuó su formación artística y comenzó a componer de manera profesional.

En 1965 su vida dio un giro trágico: la enfermedad de su padre la obligó a regresar a España. Tras su fallecimiento, Mari Trini le dedicó una de sus composiciones más sentidas, *Un hombre marchó*, una canción que revelaba la profunda conexión emocional que los unía. Compartían pasiones, como los coches y la mecánica, pero sobre todo una relación marcada por el afecto y la admiración mutua.



A lo largo de su carrera, Mari Trini compuso cerca de trescientas canciones, explorando temas como el amor, la libertad y la identidad femenina con una sensibilidad poco común.

Su gran consagración llegó con el disco *Amores*, que la consolidó como una de las voces más personales de la música española. Su voz desgarrada y su autenticidad la convirtieron en una artista inconfundible. Pero más allá de su talento, Mari Trini fue también un símbolo de independencia: fue la primera mujer en cantar en pantalones en televisión, un gesto sencillo que en su época se convirtió en un acto de rebeldía.

No solo rompió moldes musicales, también derribó estereotipos. En una época en la que las mujeres luchaban por su espacio en la sociedad y en la cultura, ella alzó la voz con canciones que hablaban de sentimientos reales.

Su legado sigue vivo en cada acorde, en cada verso y en cada mujer que, gracias a ella, entendió que ser libre también es una forma de arte.

“Yo no soy esa que tú te imaginas...”

Mari Trini no fue “esa”. Fue una mujer adelantada a su tiempo, una artista irreplicable y la voz más libre que ha dado Murcia. Se merece que le den muchos más homenajes en su tierra.

Imagen de la página de Facebook Mari Trini Oficial



< San Cucufato pintado por Aine Bru.

San Cucufato y los objetos perdidos



MESA CAMILLA
POR PACO LÓPEZ MENGUAL

En Murcia, convivimos con lo mágico sin ser conscientes de ello. A diario ocurren cosas asombrosas a las que no damos importancia. Para disfrutar del realismo mágico, aquí no es necesario leer a Márquez, basta con abrir la ventana y asomarte. Por ejemplo, en nuestra región no existen Oficinas de Objetos Perdidos porque gracias a la intervención de dos santos y de unos seres vestidos de blanco, que cubren su rostro con una capucha, encontramos todo lo que se ha extraviado.

San Antonio, San Cucufato y las Ánimas Benditas rivalizan entre ellos para encontrar llaves, móviles, monederos y relojes, que son los objetos que más perdemos. Eso sí, cada uno de ellos favorece a quienes más devoción les profesan. Aunque en esta cuestión también andamos divididos. Lo comprobé la otra mañana en mi mercería cuando surgió entre las parroquianas que allí se encontraban un debate sobre qué santo del santoral era el más efectivo para estos menesteres.

Una de las clientas defendió con ahínco el rezo a las Ánimas Benditas como el mejor recurso para encontrar aquello que se nos ha extraviado; y además, para demostrarlo, nos contó una historia familiar. “Un día, mi padre, al llegar con

su burro a la casa de la huerta, se dio cuenta de que había perdido las llaves y no podía entrar. Entonces, mirando al Cielo, dijo... Ánimas Benditas si encuentro la llave prometo rezaros un rosario entero. Al momento, bajo la vista y, a los pies del burro, vio brillar la llave. Pero entonces el muy ceporro se encaró con las Almas y les recriminó que eran unas interesadas a las que sólo les importaban los rezos y que nunca actuaban por sí solas de forma bondadosa; y decidió en castigo no cumplir su promesa y no rezarles nada. Luego, para no volver a perderla, ató con un hilo la llave a la silla del burro. Pero de vuelta, cuando llegó a la casa, descubrió que sólo llevaba el hilo. Entonces, asustado por lo sucedido, de rodillas en el reclinatorio, rezó de un tirón el rosario prometido, pero ya nunca aparecieron las llaves. Desde ese día, se convirtió en un gran devoto. Es lo malo de Las Ánimas: son muy vengativas con todo aquel que no cumple sus promesas”.

En cambio, otra de las clientas allí presentes defendió que Las Ánimas son muy eficaces para despertarte a una hora concreta sin necesidad de que suene el despertador, pero que para que aparezcan los objetos extraviados el mejor con diferencia es San Antonio. Al escucharla, no quise contrariarla: todos sabemos que San Antonio solo ha demostrado su eficacia para encontrar novio, pero no móviles o carteras. Y es que para mí, quien tiene mano de santo para estos asuntos no es otro que San Cucufato. Quien entiende de estas cosas asegura que es un santo que pasa el día en el Cielo, tumbado sobre nubes de algodón, muy aburrido. Para entretenerse, se dedica a esconder nuestras cosas y a descojonarse contemplando como nos volvemos locos buscando el mando de la televisión que habíamos dejado sobre la mesa. Cuando esto ocurre lo mejor es sacar un lazo rojo, hacerle un nudo en el centro y decir las siguientes palabras:

San Cucufato, San Cucufato,
los cojones te ato,
si no sueltas el mando de la tele
no te los desato.

Entonces, se tira de los dos cabos del lazo con fuerza, apretando incluso con mala leche, para forzar al gamberro a que nos devuelva lo que ha escondido. Al momento, volvemos a buscar sobre la mesa y, oculto debajo de un periódico, encontramos el mando a distancia. No falla. Eso sí, cuando ya ha aparecido, no hay que olvidar deshacer el nudo para aliviar el dolor de testículos al santo.

Para mí, San Cucufato. No hay color.